

# BIBLIOTECA



Monumento Nacional. San José, Costa Rica. Foto Sport

## Desde el fondo del pozo\*

«Como disidente profesional no he cesado de proteger mi mente del embrutecimiento de la moda imperante. ¿Qué es aquello que no conviene o sobre lo que no se puede escribir en un determinado momento? Pues hay que escribir precisamente sobre eso». El que habla es Dávid Kobra, criatura literaria que esconde –pero al mismo tiempo revela, porque de ningún modo se trata de una máscara, sino más bien de un distanciamiento– al autor de este libro, el húngaro György Konrád (*Ófalu*, 1933), residente desde hace más de cincuenta años en la capital, Budapest, «como judío húngaro patriota (las palabras siguen siendo de Kobra/Konrád) y cosmopolita. Es decir, como un espectro».

Publicada en su idioma original en 1989, el año de la caída del muro de Berlín, la novela (que no es «una novela como Dios manda», ya que en ella «vivimos lo mismo que en la vida: no sabemos qué nos deparará el futuro», y «nos resistimos a... una mentalidad de ingeniero que planifica el destino de sus personajes») trae al jardín de la casa del autor, donde éste se sienta a escribir todos

los días ante una mesa con tablero de lápida, a sus muertos, sus recuerdos y sus fantasmas.

Aparecen entonces, vinculados por una linealidad que no es la del «todo» narrativo (más bien, se trata de la linealidad interna de unos relatos parciales, fragmentos de una totalidad potencialmente mayor pero que nunca acaba de llegar a su término, aunque todos estos relatos se apoyen en los mismos personajes: especialmente Melinda, Antal Tombor y Janós Dragomán –un triángulo amoroso– y el propio Kobra, quien, por su parte, da voz propia a los tres anteriores, voces que monologan alternándose con la suya), una serie de sucesos obviamente centrales en la vida del autor, tales como la ocupación de Hungría por los nazis, la realidad infamante del gueto, los trenes de la muerte a Auschwitz, la posterior «liberación» soviética, los funcionarios gubernamentales estalinistas, la censura brutal de la obra de Konrád (y de tantas otros), las ejecuciones y los encarcelamientos, el levantamiento húngaro de 1956 y la intervención militar de la URSS, la subsiguiente emigración de decenas de miles de compatriotas y, por fin, las famosas medidas de «liberalización» de los ochenta que precedieron al colapso de los regímenes de Europa oriental y central.

«La novela es la forma total y todo el saber cabe en ella», dice el autor de estas páginas que además de constar de historias que compo-

\* György Konrád, *Una fiesta en el jardín*, traducción del húngaro por Adam Kovacsis, Alianza Editorial, Madrid, 2003, 632 pp.

nen, a su modo, una historia, son una meditación sobre la forma novelesca en sí. De ahí el subtítulo: *Novela y diario de trabajo*, algo que por otra parte no se refiere, como podría esperarse, a dos territorios separados (justificadamente, Konrád odia toda clase de «fronteras», al habitar un país que desde finales de los años cuarenta las cerró a cal y canto para sus ciudadanos), sino a una sutil síntesis de ambos, distintos aspectos del «saber» que, efectivamente, «cabe» dentro de la forma-novela. «Más que lineal –agrega el escritor–, el discurso es oscilante. La trama, una secuencia de frases y de párrafos. El resultado: una urbe novelesca. Un sistema abierto que dura hasta el final de mis días».

*Diario de trabajo*: aquí, en estas observaciones y apuntes dispersos a lo largo de todo el texto, se describe el método empleado para la construcción de la obra y el programa para otras en germen del autor y/o de otros novelistas. Por ejemplo (y con un innegable parentesco con la *Rayuela* cortazariana): «¿Existen diversos finales posibles? El lector cree al principio que el autor se ha vuelto loco; luego empieza a dudar y a crear su propia novela a partir de los elementos que la constituyen. Elegiré entre diferentes finales porque uno le gustará más que el otro. Juntará las secuencias que considere vinculadas. No nos imponemos al lector y éste escogerá a discreción de nuestro libro o calendario

[...] Me encanta imaginar un libro con anillas cuyas hojas se pueden sacar y cambiar de orden según el gusto de cada uno».

De manera similar, se podría elegir entre distintos «comienzos», y así sería posible empezar a leer, digamos, desde el capítulo 4 (de un total de diez), «En el que Dávid Kobra recuerda algunos episodios del último año de la guerra», tal como reza literalmente su título. Entonces Kobra, o Konrád, tenía tan sólo once años, puesto que «nacé el año en que el nacionalsocialismo accedió al poder. Me acostumbraré a la escasa credibilidad de las autoridades y a los temores de la ciudadanía. Desde mi infancia, los Estados me han discriminado y me han rechazado por judío, por burgués y por mis ideas. Carezco de libertad desde que tengo memoria. Es algo como la descalcificación de los huesos y de la dentadura».

¿Judío? «Durante años, los judíos húngaros se tranquilizaban diciéndose que ellos –instalados en pleno centro de la nueva Europa nacionalsocialista– no podían correr la misma suerte que los judíos polacos. Todos los judíos estaban ya registrados; la propia comunidad judía se encargó, por orden del secretario del Ayuntamiento, de elaborar las listas por calles y números. De este modo, los gendarmes lo tuvieron fácil a la hora de pasar casa por casa, siguiendo el listado, y sacar a todo el mundo a la calle al amanecer». Judío, sí, pero